

## LIBRO TERCERO

### LOS OMMIADAS

#### CAPITULO PRIMERO

##### MOAWIYA

La muerte de Alí produjo entre los guerreros del Irak el efecto de un rayo, que, iluminando súbitamente cuanto les rodeaba, les hubiera descubierto un precipicio á sus piés. El peligro de tener que someterse á los odiados sirios, que tiempo hacia amagaba, pero que la indolencia y la irreflexion solo dejaban presentir en lontananza, apareció entonces, de improviso, en fatal proximidad á los hombres de Kufa, y arrepentidos, pudieron recordar la insubordinacion y la voluntariedad con que habian malogrado el éxito de los esfuerzos del valiente califa y prestado inconsciente pero eficaz auxilio á su enemigo mortal. Así, sin haberlo previsto y de golpe, se encontraron en semejante situacion; todos los 40,000 hombres que Alí tenia reunidos, á las órdenes de su fiel Keis Ibn Sa'ad, en el momento de su muerte, ansiaban con tanto mas ardor la lucha cuanto que nuevos destacamentos de Moawiya amenazaban ya invadir la Mesopotamia, y no habia, en verdad, tiempo que perder si se queria atajarlos. Pero si antes las tropas se habian negado á obedecer al soberano, á la sazón les faltaba un jefe. Alí habia dejado dos hijos de la hija del Profeta, El-Hasan y El-Husein, además de los muchos que habia tenido de otras mujeres. Hasan era el mayor, y á él prestó homenaje el ejército inmediatamente despues de la muerte de su padre; pero era un hombre sin carácter y de aquellos en quienes la mas exagerada devocion va unida á la mayor indolencia y sobre todo á la sensualidad; *El-Mitlak*, «el divorciador», era el apodo que le habian puesto, porque no contentándose con las cuatro esposas que prescribia la ley, se divorciaba á cada momento de una de ellas para casarse con otra. Dícese que de este modo se habia casado con unas 70 mujeres; de todas suertes, la oracion y el harem eran las únicas cosas que para él tenian alguna importancia. Es, pues, muy probable que tan pronto como recibiera el homenaje como califa, anudara negociaciones con Moawiya: refiérese que escribió á éste una carta manifestando las condiciones bajo las cuales estaba dispuesto á renunciar al califato en su favor, al propio tiempo que Moawiya hacia llegar á sus manos una hoja en blanco con su firma al pié, dejándole así completa libertad para fijar él mismo sus condiciones; pero mientras Hasan no vaciló en escribir en la hoja en blanco una cantidad tres veces mayor que la que pedia en su propia carta, Moawiya se negó á darle mas de lo exigido en ésta. Hasan tuvo que contentarse con ello, y ya podia hacerlo, pues que recibió cinco millones de dirhems, además de una considerable anualidad y la garantía de la vida y haciendas de los suyos. Durante el curso de estas negociaciones penetraron los sirios en el Irak, habiendo ya

desde el principio abandonado Hasan con sus tropas á Kufa, pasando el Eufrates y el Tigris y replegándose á Madain. Para no infundir demasiado pronto sospechas al ejército, envió entonces á Keis con 12,000 hombres al encuentro de los sirios, pero él mismo tardó en seguirle con el grueso de las fuerzas, de manera que Keis, abandonado, no pudo sostenerse en Meskin, á unas diez millas al Nordeste de Madain, contra la desproporcionada superioridad del enemigo. Entretanto, habia cundido en el campamento el rumor de que Keis habia sido derrotado y muerto; el furor de las tropas se volvió contra el menguado pseudo-soberano: su tienda fué saqueada, y él mismo tuvo que huir á toda prisa y refugiarse en la ciudad. El ejército sin jefes se dispersó, y Keis se vió obligado tambien, poco despues (á principios del 41 = 661), á renunciar á proseguir la resistencia, habiendo rechazado este valiente las brillantes proposiciones que Moawiya le habia hecho para que desistiera de ella antes. De esta suerte, despues de una corta y nada sangrienta campaña, cayó todo el Irak en poder de los sirios. Hasan y Husein marcharon de Kufa, donde con su presencia habrian debido ratificar el homenaje tributado de mal grado por el pueblo al enemigo mortal de su padre, y se trasladaron á Medina. En esta ciudad llevó Hasan hasta su muerte, acaecida probablemente en el año 49 (669) (1), una vida contemplativa y sin mas objetivo que el despliegue de una muy encomiada beneficencia, mientras que su hermano, de carácter mas enérgico y emprendedor, nada pudo hacer á la sazón mas que aguardar tiempos propicios para él. Pero no habia, por cierto, probabilidad de que esto sucediera antes que pasaran algunos años.

Moawiya (reino 41-60 = 661-680), el cual entonces fué reconocido sin resistencia en todas partes como califa, supo consolidar muy pronto su dominacion con firmeza y sagacidad. Tenia por principio hacer por sus amigos todo cuanto estaba en su mano y conquistar á sus enemigos por medios amistosos siempre que fuera posible, y cuando no, combatirles incesante y desapiadadamente hasta aniquilarlos. Era un clásico representante del método de gobierno cuyos procedimientos se expresan gráficamente con la frase: «El pan en una mano y el palo en la otra,» método que tambien en el Occidente ha dado en algunos casos excelentes resultados, pero que en el Oriente, segun ha demostrado la experiencia,

(1) Existe una tradicion muy extendida de que Moawiya le habia mandado envenenar; pero es completamente inexacta, y solo debe su origen al deseo de atribuir todo lo malo á los ommiadas. No solo Moawiya no podia esperar beneficio alguno de la muerte del bajo todos conceptos insignificante Hasan sino que, por el contrario, debióle ser en extremo desagradable, pues que entonces pasó la jefatura de la familia del Profeta á Husein, de quien Moawiya sabia perfectamente, como lo demuestra su proceder ulterior, que nada bueno podia prometerse.

es el único eficaz. Estaba siempre dispuesto, dentro de lo posible, á poner puentes de oro á todos los que pudieran necesitarlos: á Ibn Abbas, primo de Alí y uno de sus mas antiguos amigos, si bien estaba poco satisfecho de él en los últimos tiempos, le dejó tranquilamente en posesion de grandes cantidades pertenecientes al Estado, que se habia apropiado poco antes de la muerte de Alí; Mogira Ibn Scho'oba, que desde el asesinato de Othman habia permanecido retraido, aceptó de Moawiya de buen grado la lugartenencia de Kufa, y hasta el lugarteniente que habia sido de Alí en Fars, Siyad, fué tambien ganado por el nuevo califa poco despues. Habíase negado al principio á prestarle homenaje, y hasta promovió, por medio de sus hijos y con el auxilio de los jaridschitas, un levantamiento en Basora, el cual habia sido sofocado por Busr Ibn Artá, general de Moawiya, cayendo prisioneros los hijos de Siyad. El sagaz califa consideró la ocasion propicia para atraerse á Siyad, é impidió que Busr matase á sus hijos, encargando en el año 42 (662) á Mogira que negociase personalmente con el padre y procurase lograr su adhesion mediante algunas concesiones. Mogira tenia antiguas relaciones de amistad con Siyad, que ya en el año 17 (638), en tiempo de Omar, le habia librado de severo castigo, con su ambiguo testimonio, en un proceso escandaloso y de muy feo aspecto para él; eran ambos hombres de moralidad muy dudosa, pero astutos y muy aptos para la administracion. Se avistaron entonces en Fars, á donde se habia dirigido Mogira; despues Siyad marchó á Damasco, y así como antes Moawiya no se habia manifestado muy satisfecho de la manera como el lugarteniente de Alí habia administrado los caudales del Estado, entonces aprobó las cuentas que le fueron presentadas, dirigiendo á Siyad este cumplimiento: «Tú eres el mas fiel de todos nuestros lugartenientes.» Nada se nos dice acerca de lo pactado entre el sagaz califa y Siyad, que acaso lo era mas aun, pero se puede deducir fácilmente de los sucesos posteriores. En el año 45 (665) se concedió á Siyad en Fars la administracion de Basora, de las provincias persas orientales y de la costa arábica del golfo Pérsico, y en el año 50 (670) la de Kufa, esto es, el gobierno supremo de todos los territorios al Este del desierto sirio, y, por último, en el año 53 se atrevió el lugarteniente á escribir al califa: «Con mi mano derecha sostengo para tí el Irak, pero la izquierda está vacía; dale que hacer tambien concediéndome el Hedyaz,» sin que Moawiya pusiese reparo en concedérselo. Pero mas sorprendente es todavia que ya en el año 44 (664) se reconociera oficialmente á Siyad como hermano de Moawiya. Es esta una historia muy oscura. Sumaiya, la madre de Siyad, habia sido esclava, segun unos casada con un esclavo llamado Obeid y segun otros soltera; lo cierto es que no se solia llamar á Siyad, Ibn Obeid, sino Siyad Ibn Sumaiya, ó Siyad Ibn Abihi, esto es, «Siyad, hijo de su padre;» pero inesperadamente se presentaron entonces el dueño de un figon en Taif y otras personas de mediana respetabilidad que atestiguaron que Abu Sofyan era el padre de Siyad. Como de todos modos no habia nacido en casa de éste, era de todo punto imposible, segun la legislacion del Corán, el reconocimiento de su paternidad; pero si bien Moawiya por complacer á su querido pueblo leía todos los dias su capítulo en el libro sagrado, dirigia los viernes las oraciones en la gran mezquita de Damasco y habia cumplido tambien una vez como califa la peregrinacion á la Meca, se curaba poco del texto de la escritura, y así no tuvo reparo alguno en adoptar á aquel nuevo hermano á pesar de la ley. Si pretendemos averiguar el objeto de un reconocimiento tan inusitadamente tardío, apenas podemos hallar otro mas que el que se ha supuesto hace mucho tiempo: el deseo de Moawiya de poner á Siyad, en una ú otra forma, en exprec-

cion de sucederle en el califato ó de gobernar en comun mientras viviesen ambos. Como Siyad murió ya en el año 53 (673), mucho antes que Moawiya, no llegó el caso de que pudiera realizarse la promesa y es naturalmente supérfluo devanarse los sesos para saber si el califa lo pensaba así seriamente ó cómo habia imaginado cumplirla.

Sea de esto lo que fuere, Moawiya abandonó á su llamado hermano, desde el año 50 (670), la administracion completamente independiente de toda la mitad oriental del imperio, despues que se hubo portado brillantemente en Basora. Este puesto era con mucho el mas difícil de todo el reino: en Kufa no habia mucho que temer del numeroso partido de Alí mientras Hasan, jefe oficial de la familia del Profeta, viviese en armonía con el gobierno; pero en Basora, en todo el Irak meridional y en Chusistan continuaban agitando los jaridschitas, lo que dado el modo de pensar decididamente mundano de Moawiya, debia, como es natural, irritarle mucho mas que habia irritado antes á Alí. Los dos primeros lugartenientes que habian gobernado allí, entre los años 41 y 45 (mayo 661-marzo 665), no pudieron dominar aquel espíritu de rebeldía; cierto que fueron sofocadas diversas revueltas de los puritanos, pero se reproducian á cada momento, y amenazaban, especialmente en el año 43 (663), adquirir peligrosa extension. Siyad, que llegó á Basora en el año 45 (665), resolvió proceder desde luego con energía. Una serie de disposiciones severas, para cuyo cumplimiento se creó un cuerpo especial de 4,000 soldados de policia, restablecieron desde luego la seguridad pública, que hasta en la misma ciudad estaba peligrosamente amenazada. Por primera vez el libre árabe vió coartada su independencia por medidas tales como la prohibicion de salir á la calle despues de la puesta de sol: la infraccion se penaba con la muerte, y era tal el rigor con que Siyad hizo cumplir sus disposiciones, que á un pobre beduino, que, ignorante de la ley, conducia ganado por la ciudad al anochecer, le mandó decapitar tranquilamente: él bien creía que el beduino al alegar su ignorancia decia la verdad, pero consideraba indispensable su ejecucion para la seguridad de toda la poblacion. En cualquier parte del país en que se presentaban los jaridschitas se procedia contra ellos con ruda energía, reprimiendo toda resistencia con la mayor dureza. Ciertamente que no hemos de dar crédito sin reserva á todo lo que los historiadores posteriores refieren de Siyad, de quien han hecho un verdadero demonio en forma de hombre, viéndose aquí tambien el marcado deseo de pintar con los mas negros colores todo lo que se hacia en favor de los ommiadas y por su mandato, y, al revés, el de glorificar como mártir inocente á todo el que se sublevaba contra su dominacion. Ningun gobierno puede, en verdad, permitir la propagacion pública de principios destinados á socavar los cimientos de un Estado; y si los medios empleados por Siyad, ó, mejor dicho, si el medio constantemente empleado de la decapitacion lo fué en tan gran medida como jamás hasta allí se habia visto, consistia, en definitiva, principalmente en que desde la ruina de Alí y desde el triunfo del partido mundano se habia hecho imposible la forma de gobierno patriarcal de los primeros califas. Una de las dos tendencias debia dominar entonces y someterse la otra, so pena de ser aniquilada. Así, pues, mientras Moawiya podia conservar en medio de sus sirios la antigua forma cordial de trato con los caudillos de sus adictos, debia sustituir, en todas partes donde los partidarios de los ommiadas estaban en minoría, á la voluntaria obediencia de los creyentes musulimes, la forzada sumision al poder mundano del gobierno del Estado. Siyad habia tenido ocasion, como lugarteniente de Fars, de aprender de los persas el modelo de

las instituciones que se debían adoptar con este objeto. Los escritores árabes hacen constar especialmente que Siyad fué el primero que se hizo preceder de batidores con lanzas y cetros y escoltar por una guardia personal: este era el comienzo de una imitación del antiguo despotismo asiático, cuyos usos, muy conocidos todavía en los territorios persas primitivos, se habían conservado, á lo menos en parte, aun despues de la invasión de los árabes. Se reproducía el espectáculo, tan frecuente en la historia, de que conquistadores incultos, para asimilarse la cultura mas elevada de sus vencidos, la imitan inevitablemente con todas sus ventajas y desventajas: para alcanzar un órden político, no contaminado por las disensiones de los partidos, no se halló mejor medio que tomar prestadas instituciones persas, á las cuales se sacrificó el mas preciado bien del árabe, la libertad. Conocemos ya el modo de ser de los beduinos, el sentimiento de la propia dignidad del guerrero independiente, elevado á mayor altura en las gentes de Basora y Kufa, y no podemos desconocer ni por un momento que si habían de funcionar con órden que podríamos llamar mecánico, instituciones sociales, no desarrolladas históricamente sino tomadas del exterior por razones de necesidad política, solo podría conseguirse mediante un régimen de implacable severidad. Ciertamente que se comprende naturalmente que, bajo estas condiciones, el concono de los irakeses contra el despotismo del Estado creciera hasta el punto de que diera lugar en toda ocasion á las mas peligrosas explosiones; pero por este motivo no había que compadecer á gentes que desde los tiempos de Omar habían mostrado á cada paso que no estaban dispuestas á obedecer á un gobierno patriarcal, y que además parecían proceder á la sazón segun el irracional principio de que Alí era culpable de que hubiesen caído bajo la dominación siria, por no haberles sabido imponer la disciplina. Si, pues, los relatos posteriores están llenos de todo género de historias que no tienen mas objeto que presentar á todos como abominable ejemplo la crueldad y sed de sangre de Siyad, haremos bien nosotros en atenernos á los resultados de su gobierno, que los mismos escritores no pueden ocultar. «El fué el primero,—así se nos refiere,—que robusteció la autoridad del gobierno, consolidó la soberanía de Moawiya y obligó á todos á obedecer, fijando castigos, desenvainando la espada y prendiendo y castigando por sospecha; así se le temía extraordinariamente, hasta el punto de que la seguridad entre todos era tal que si alguien perdía algun objeto, nadie lo tocaba hasta que volvía su dueño y lo recogía, y de que mujeres solas pudieran pasar la noche sin tener que cerrar las puertas de sus casas.» El mismo Siyad, segun se dice, se alababa despues de que «si se perdía entre Basora y el Corasan un pedazo de cuerda, sabría quién lo había recogido.» Era verdaderamente un hombre amigo del órden á toda costa: habiéndose permitido dos jefes de sus tropas de policía, cuando marchaban un día delante de él con sus lanzas, agarrarse en broma como si riñeran, mandó en el acto soltar el arma á uno de ellos, quedando destituido de su cargo. A consecuencia de haberle sido confiada la administración de todas las provincias del Irak, trasladó su residencia á Kufa en el año 50 (670). Segun se refiere, reunió allí, poco despues de su llegada, la comunidad en la mezquita, como se acostumbraba en tales circunstancias; subió al púlpito, y despues de la correspondiente oración á Dios, habló como sigue: «Este cargo me ha sido conferido mientras estaba en Basora, y había pensado venir aquí rodeado de 2,000 soldados de policía de allí, pero luego consideré que vosotros sois gente de órden y que el órden había ya apartado de vosotros desde hace mucho tiempo todo lo ilícito; así, pues, he venido solo con mi servidumbre y tengo

que dar gracias á Dios de que haya mirado por mí cuando los hombres me han dado de lado, y que él me haya preservado cuando ellos me han descuidado,» y así continuó hasta el fin del sermón. Cuando algunos descontentos arrojaron piedras contra el púlpito, se sentó hasta que cesaron; llamó luego á algunos de sus hombres, y les mandó guardar las puertas de la mezquita, diciendo al propio tiempo á la comunidad: «Que cada uno de vosotros tome de la mano al que tenía á su lado durante la oración, y ¡cuidado con que ninguno me diga: «Yo no sé á quién tenía al lado!» Por órden suya, se colocó en la puerta de la mezquita un asiento para él, y entonces tuvieron que ir adelantándose de cuatro en cuatro y jurar por Allah que ninguno de ellos había arrojado piedras. El que juraba podía marcharse, pero el que no, era encadenado y puesto aparte, hasta que logró reunir unos 30 de estos, á los cuales mandó cortar las manos en el acto. «¡Vive Dios,—añade el testigo presencial de quien tomamos este relato,—que no nos atrevíamos nunca á decirle mentiras, y jamás nos anunció cosa alguna buena ó mala que no la cumpliera!» Véase, pues, que era un hombre entero el tal Siyad, que sabía lo que quería y que ponía todo su empeño en llevar á cabo lo que se había propuesto. Así como había hecho en Basora con los jaridschitas, reduciéndoles á la impotencia, procedió en Kufa con los siitas, cuyo crecimiento debió inspirar con el tiempo graves temores: el que caía en sospecha de trabajar ocultamente en favor de la familia de Alí, era preso, y no tenía mas que elegir entre maldecir á Alí ó morir. Sin embargo, la tradición expresa con toda claridad que en ambas ciudades, teatro de semejantes persecuciones, Siyad solo empleó la severidad cuando fueron infructuosos los medios amistosos y persuasivos. Sabemos que á los jaridschitas que fueron moderados en la expresion de sus convicciones y que se sometieron de buen grado á la dominación de los omniadas, no les molestó, ni siquiera tuvo reparo en confiarles cargos en la administración, y asimismo es evidente que solo procedió contra los siitas, en Kufa, cuando á pesar de sus advertencias y amistosas amonestaciones no quisieron cesar en sus conciliábulos, en los cuales se conspiraba contra el órden existente.

De todos modos, fueron muy excelentes los resultados de su gobierno. No era solo el órden ejemplar y la seguridad, así en las ciudades principales como en el resto de las provincias, lo que contrastaba con el anterior desenfreno, sino que restableció la administración de la hacienda, que en tiempos de Alí había caído en espantosa confusión; y que su arte de gobierno no se concretaba solo al sable, lo demuestran las tentativas, inspiradas en consideraciones políticas muy previsoras, que hizo para promover entre los partidos extremos, favoreciendo á los elementos mas moderados, una tendencia media, cuyos partidarios pudieran unirse poco á poco hasta constituir un firme apoyo para el gobierno. Desde luego, bajo la enérgica presión de sus medidas de policía se dividieron los jaridschitas en dos fracciones: paralelamente á los fanáticos consecuentes, para quienes todos los musulimes que no pertenecían á su secta eran infieles, peores y mas dignos de la condenación que judíos y cristianos, y que estaban decididos á no ceder sino á la fuerza, empezaron á manifestarse paulatinamente hombres mas inteligentes, que si bien sostenían la enseñanza puritana de que debía ser destituido un califa impío, concedían que no todo muslim, en lo demás muy creyente, mereciera, por la sola negación de este principio, ser condenado y combatido en guerra santa como un idólatra. Estos hombres mas tolerantes pudieron avenirse á vivir en paz con los demás musulimes y á tener relaciones con ellos, cosa que rechazaban terminantemente los exaltados. Mas importante todavía que

el haber logrado esta divergencia de opiniones entre los jaridschitas, y el trato tolerante observado con los mas moderados, fué que Siyad se dedicara seriamente á ganar para el gobierno, en las provincias de su mando, á los antiguos creyentes de la especie de los de Medina, que en las otras eran hostiles á los omniadas. Todo compañero del Profeta, y cualquier piadoso, además de los jaridschitas y de los siitas, que habitara en Basora ó en Kufa, no solo estaba seguro de hallar en el lugarteniente el mayor respeto sino que también las mejores disposiciones en favor de sus intereses personales. En este concepto es característica la siguiente historia. Siyad dijo un día á su ayuda de cámara: «Manda llamar á Hakam,» refiriéndose á Hakam Ibn Abi'l Así, hermano de un hombre de los thakif predilecto del Profeta, que había sido en otro tiempo sub-lugarteniente en Taif y que luego se había trasladado á Basora; pero el ayuda de cámara creyó que se trataba de Hakam Ibn Amr, de la tribu Gifar, compañero aun de mayor consideración del enviado de Dios, que en vida de éste había vivido casi siempre á su lado, y lo introdujo ante Siyad. Este le recibió cumplimentándole cordialmente como «hombre importante y distinguido, por haber sido compañero del enviado de Dios,» y le concedió el importante cargo de lugarteniente del Corasan, que había pensado otorgar á su homónimo, pronunciando estas palabras: «Yo no había pensado en tí, pero Allah ha pensado en tí.» Además, acostumbraba á dar la preferencia para los cargos mas elevados á los compañeros del Profeta, y no sabemos que en ningun caso tuviera motivo para estar pesaroso de su proceder. Ciertamente que hasta los adversarios de los omniadas podían convencerse allí, en territorio persa, de que era bajo todos conceptos un error malgastar las fuerzas de la Arabia en guerras civiles mientras los persas no soportaran con paciencia el yugo de los conquistadores. Así sucedió que, tanto en Basora como en Kufa, los antiguos creyentes, contrastando especialmente con el *schí'at* de Alí, empezaron poco á poco á sentirse menos extraños al gobierno central residente en la Siria, en cambio de lo cual, su posición en el territorio persa obligó á la corte de Damasco á tratarles con toda la benignidad posible. Así, pues, cuando en las guerras civiles posteriores, el odio profundamente arraigado entre los de Siria y los de Medina condujo, por último, al ataque de la ciudad del Profeta y al aniquilamiento de sus habitantes, ya se había constituido en el Irak un nuevo centro para los hombres piadosos, que por medio de la reunión y propaganda de los datos sobre la vida y dichos del Profeta iniciaron los progresos teológicos y, principalmente, científicos del Islam; de este modo se hizo posible un desenvolvimiento intelectual que, por las razones ya indicadas, encontró allí un terreno favorable y que se desarrolló en una verdadera florecencia del genio del Oriente en la Edad media.

Si la acción del gobierno de Siyad, examinada así con mayor detenimiento, se nos presenta bajo aspecto muy distinto del que suelen atribuirle los historiadores posteriores, su duración, en cambio, fué demasiado corta, ciertamente, para que sus efectos fueran en todas partes tan permanentes como era de desear. Cuán poco pensaban los fanáticos jaridschitas en darse por vencidos, lo demostraron aun en vida del temido lugarteniente: cuando en el año 50 (670) se trasladó á Kufa, se alzó inmediatamente en Basora y cometieron todo género de atropellos en la ciudad. Samura Ibn Schemdab, representante de Siyad, no era menos enérgico que éste, y el alzamiento fué sofocado con sangrienta severidad, siendo ajusticiados gran número de los mas caracterizados jaridschitas y muchos mas encarcelados; pero cuando algun tiempo despues de la muerte de Siyad (53 = 673) fué Samura destitui-

do de su cargo y nombrado (55 = diciembre de 674) lugarteniente de Basora Obeidallah, hijo de Siyad, cometió éste la falta de mandar poner en libertad á todos los presos jaridschitas. Parece que había esperado ganarlos á favor de su gobierno por medio de esta muestra de benignidad; pero como precisamente los presos eran los mas exaltados, no pensaron en manera alguna quedarle agradecidos, empezando, por el contrario, en seguida á concitar los ánimos en todas partes contra él y á promover levantamientos siempre que podían. Como consecuencia de ello vióse obligado á sobrepujar, si cabe, á su padre en severidad. La violencia creciente de la persecución despertó mayor encono en los sectarios: empezaron á oponer á la espada del verdugo el puñal del asesino, y pronto le fué difícil á Obeidallah encontrar quien se atreviera á matar á un jaridschita, pues despues de cada ejecución se hallaba al día siguiente, en una ú otra parte, el cadáver del que se había prestado á ejecutar la sentencia de muerte. Los escritores posteriores se manifiestan admirados ante la actitud firme y varonil de los jaridschitas en aquella época apuradísima. Es famosa la historia de Abu Bilal Miradas Ibn Odaiya, que fué encarcelado con un gran número de sus correligionarios. Su piedad y su fervor en las oraciones hicieron impresion en su carcelero, el cual le permitió salir al anoecer de la prision para reunirse sigilosamente con su familia y volver al alba del día siguiente. Ahora bien: Miradas tenía un amigo que con frecuencia era admitido en el círculo íntimo de Obeidallah, y este amigo oyó una tarde al lugarteniente manifestar la resolución de mandar matar á la mañana siguiente á los jaridschitas. El amigo, tan pronto como pudo, pasó á casa de Miradas y comunicó la noticia á sus deudos, diciendo: «Enviad recado á la cárcel á Abu Bilal para que haga su testamento, pues es hombre muerto.» Miradas oyó las palabras de su amigo desde una habitación contigua, é igualmente llegó la noticia á oídos del carcelero, que pasó una mala noche temiendo que Miradas la supiera también y no volviera á la cárcel; pero cuando llegó la hora en que acostumbraba á presentarse, lo hizo con toda puntualidad. A la pregunta del carcelero: «¿No sabes lo que el emir ha decidido?» contestó sencillamente «sí,» y cuando el otro, admirado, volvió á preguntar: «¿Y á pesar de ello has venido?» replicó: «Sí, ¡no faltaba sino que en recompensa de tu buena acción fueses castigado por mi causa!» Así, pues, cuando al día siguiente envió Obeidallah á buscar á los jaridschitas y mandó que fueran decapitados uno tras otro, el carcelero, que era un antiguo doméstico de Siyad y á quien Obeidallah había también protegido, se arrojó á los pies del lugarteniente, exclamando: «¡Regálame ese!» y le contó lo ocurrido. La petición fué concedida y perdonado Miradas. Pero apenas se vió éste libre, salió de Basora y promovió un nuevo alzamiento en Chusistan. Debiéronse enviar tropas contra él, que dispersaron su hueste, viéndose él mismo obligado á buscar refugio en una pequeña población de la provincia (58 = 678). Allí vivió tranquilo durante algunos años, pero en el 61 (680) púsose de nuevo en pugna con las autoridades y pereció en otra tentativa de rebelión.

Si bien la tenacidad con que semejantes hombres permanecían fieles á sus principios y el denuedo con que peleaban por ellos nada bueno ofrecían para lo porvenir, tales revueltas, limitadas á un territorio relativamente pequeño, de suyo por lo general insignificantes, y siempre tan rápida como enérgicamente sofocadas, no podían ser apenas tomadas en cuenta ante la situación, floreciente en su conjunto, del imperio durante el reinado de Moawiya. Si persas é irakeses, gobernados por Siyad y Obeidallah, se veían obligados á mantener la paz, de bueno ó de mal grado, en cambio el mismo califa tenía acción mas desembarazada en las pro-